

—En hora buena —la dije-- hemos corrido ya bastante.

Callé unos momentos para tomar algún respiro y proseguí:

—No sé cómo manifestarle mi gratitud por sus bondades.

—No vale la pena; tengo mucho gusto en ayudarle á adquirir esta difícil ciencia, tan propicia al amor. Así podrá vd. acompañarse con Lola alguna vez. . . .

—¿Para qué?— repuse con viveza--no lo deseo.

—No sea vd. falso: la falsedad es un vicio muy feo. Van dos veces que trata de engañarme, y eso no está bueno.

—Protesto á vd. que no la engaño.

—Proteste vd. cuanto guste; á pesar de todo, siempre será cierto que ni andaba vd. buscándome hace unos momentos, ni le importa á vd. Lola tan poco como lo dice. ¿Quiere vd. que le diga lo que pasa en realidad? Que está vd. celoso, que se ha llenado de cólera al ver á su novia con el primo, y que se ha propuesto tomar un desquite. Para este objeto me ha considerado vd. á propósito.

—No lo crea vd., Pepa. . . .

—No se mortifique por ello, pues vd. hace lo que cualquier otro haría en su mismo caso; lo que yo haría en su lugar, lo que todos han hecho en lo pasado y harán en lo venidero.

—Vd. me ha parecido siempre en alto grado encantadora, y no hay para qué ocultárselo. Mientras Lola fué buena y consecuente conmigo, tuve el deber de no desagradarla; pero hoy que ella rompe los lazos que nos ligaban ¿por qué he de hacer violencia á mis inclinaciones por más tiempo?

En aquellos momentos pasábamos junto á Lola y su primo. Pepa aprovechó la ocasión rápidamente, como si de antemano hubiese convenido en tomar parte en el desarrollo de mi programa, y replicó elevando la voz sin afectación:

—¿Con que verdaderamente me ha tenido vd. sinpatía desde hace tiempo?

—Si, Pepa—repuse con voz resuelta, casi colérica, como un reto lanzado á la pérfida Lola.

Observé con una rápida ojeada que al oír el diálogo, se demudaba un tanto la ingrata. Volvió el rostro á nosotros, y clavó en Pepa una mirada furibunda; mirada que recibió

mi compañera con ojos alegres y burles.

Sentí que un bálsamo dulcísimo caía sobre mi corazón. Hacer sufrir á Lola era para mí un triunfo inmenso, tanto porque le daba á gustar una gota de la amargura que yo mismo bebía en honda cáliz, como porque miraba revivir por un momento en la ceniza de mis desengaños, alguna débil chispa de esperanza.

Proseguí, pues, en mi táctica cuidando de decir elogios y ternezas á mi compañera de un modo especial cuando nos acercábamos á los primos; juego en que fui secundado por Pepa de un modo admirable. Era que aquellos dos ángeles, Pepa y Lola, se aborrecían desde hacía tiempo, á la sordina, y aprovechaban gustosas las ocasiones que se les presentaban para darse con disimulo algunos alfilerazos.

Pepa reía, me miraba fijamente, se colgaba de mi brazo, me hablaba al oído; y hacía una multitud de demostraciones que dieron mucho qué pensar á los curiosos. En efecto, aquella noche se extendió entre los concurrentes el rumor de que había declarado mi amor á Pepa, y de que ésta me ha-

bía correspondido desde luego, cosa que causó muy grande escándalo.

Mas acabó el shottish, y me ví obligado á separarme de Pepa dejándola al lado de D^{ca} Jacinta. Quedamos apalabrados para bailar polka corrida, y me alejé radiante de júbilo.

No bien me hube quedado solo, cuando me vino la reflexión. Acababa de quemar mis naves. No me había contentado con bailar, que era todo el derecho que me concedía la ley del talión; sino que había cortado á otra mujer, y precisamente á aquella que era vista por Lola con mayor inquina; esto no me lo perdonaría ella nunca. Olvidé mis antiguos agravios, me pareció que nada tenía que reprochar en realidad á mi amada, y me eché en cara mi doblez y mi perfidia que antes viera como legítimas represalias. Recordé que Lola se había inmutado al escuchar mi diálogo con Pepa, pensé con fruición en su mirada de ángel colérico, y me dejé arrullar por la ilusión de que me amaba todavía. Puesto en aquel trance, perdí la energía, desfalleció mi corazón, y me sentí dominado por la angustia y por el remordimiento. Mi empeño se cifró desde

aquel instante, en destruir á toda costa los obstáculos que me separaban de Lola, y en reconquistar su cariño. Perdí la brújula, no miré ya el norte, y apelé á las medidas violentas como un insensato.

Habíase levantado D. Tomás para entrar en la sala del refresco. Seguile apresurado, y sin ningún preámbulo le dirigí la palabra.

—Dispense vd., caballero, —le dije— deseo tratar con vd. un breve asunto.

Miróme con sorpresa mezclada de ironía, y repuso cortesmente.

—Me tiene vd. á sus órdenes.

Nos dirigimos al jardín, donde había algunos fumadores que paseaban debajo de los árboles, y nos internamos por el paraje más solitario.

—Vd. debe comprender que el asunto de que quiero hablarle es. . .

—Referente á mi prima Lola —me interrumpió; —lo adivino.

—Precisamente —proseguí. Como vd. sabe, estoy en relaciones amorosas con ella desde hace más de dos meses.

—Lo sé.

—La felicidad que reinaba entre noso-

tros, se ha interrumpido, no obstante, desde la llegada de vd. á San Pedro.

—Mucho lo siento —murmuró con tono indefinible, entre burlón y cortés.

—¿Tendría vd. inconveniente en decirme si es verdad, como lo sospecho, que vd. hace la corte á Lola?

—No tengo ninguno; es cierto que se la hago.

—En ese caso —prorrumpí con exaltación —vd. comprende que las cosas no pueden seguir de esta manera; vd. abusa de sus años, de su fortuna y de su parentesco, y me hostiliza con ventaja. Ni por amor, ni por amor propio puedo tolerar que me siga poniendo en ridículo.

—¿De manera que. . .? —interrogó friamente.

—Es forzoso que pongamos fin á esta situación, como hombres que somos.

—¿Me desafía vd.?

—Si, señor, porque deseo que esto concluya de un modo ó de otro, pero siempre dignamente.

—Joven, el caso no es para tanto.

—Eso no le corresponde á vd. calificarlo; yo sé bien lo que hago y lo que digo.

Reflexionó un momento D. Tomás, y luego me dijo con tono serio, casi airado:

—Me pone vd. en conflicto. Sería ridículo que yo, hombre de más de treinta años, fuera á tener un lance con un niño como vd.

—Si no quiere vd. tener un encuentro conmigo, déjeme, pues, en paz, y prescindá de Lola.

—Imposible —repuso enérgicamente— no habría fuerza en el mundo capaz de obligarme á ello; pero tengo bastante estimación de mí mismo para no cometer abusos, aun cuando sea contra mozos coléricos como vd. Voy á hacer á vd. una proposición que todo lo concilia. Me parece que desde hace algún tiempo no están Lola y vd. en la mejor inteligencia, y aun esta noche creo que las cosas se han puesto en peor estado. Voy á proporcionar á vd. manera de que hable con ella á toda su satisfacción, sin la presencia de mi tía Agustina ni la mía. Así podrá vd. interrogarla, hacerle explicaciones y valerse de cuantos medios estén á su alcance para recobrar el terreno perdido. Si vd. le recobra, le protesto que parto en seguida para Zacatecas y no vuelvo á darle motivo de queja. En cambio, si no logra

vd. vencer los resentimientos de Lola, espero que deje de la mano el asunto, y no me guardará rencor por el incidente.

Un rayo de alegría penetró en mi corazón. ¡Hablar con Lola, decirle mis quejas, hacerle mis súplicas, enternecerla! No era otro mi delirio.

—En hora buena —le dije— acepto la propuesta; pero me ofrece vd. que me proporcionará medio de hablar con Lola á toda mi satisfacción.

—En este mismo sitio ¿quiere vd? ¿le parece á vd. bien?

—Sí —repuse— me parece á propósito.

—Pues negocio concluido, voy á traerla. Aguarde vd. unos instantes.

Y partió dejándome oculto en la penumbra de los árboles.

El diálogo había sido tan rápido, que apenas había podido darme cuenta de los sucesos. Estaba como enajenado por tantas y tan diversas emociones. Ahora me sentía poseído de un inmenso pánico; deseaba tanto como temía hablar con Lola. ¡Hacia tanto tiempo que no escuchaba su voz, ni miraba de cerca sus ojos! ¿Qué la diría? ¿cómo le hablaría? ¿estaría muy irritada contra

mí? ¿Lograría convencerla de que debía ser buena para mí, y renacerían para mi corazón los hermosos días de la felicidad y del amor?

¿Y si ya no me quería? ¿si me trataba con dureza? ¿si me despreciaba, como tal vez lo merecía? Atropellábanse febrilmente en mi cerebro ideas tristes, risueñas, consoladoras, desconsoladas, como vientos encontrados que chocan y se arremolinan en la pradera, llenándola de tumulto y confusión. Antes de tranquilizar mis pensamientos y de formar juicio sobre lo que podría suceder, miré dibujarse en el marco iluminado de puerta lejana, la pareja que formaban Lola y D. Tomás, que salían cogidos del brazo y se dirigían al sitio donde me hallaba.

Tristes reflexiones me sugirió aquella perspectiva. ¡Con cuánta facilidad iban y venían aquellos jóvenes por donde quiera, sin que los siguiese la Sra. D^{ca} Agustina, ni provocasen la murmuración de la sociedad! Mientras que yo, no sólo para hablar con Lola, sino tan sólo para lograr verla, había necesitado arrostrar el sol, la lluvia y la fatiga, y hacer ejercicios de centinela en los

marcos de las puertas, ó de gimnástica esca-lando las paredes; aquel primo, mortal afortunado, arrastraba consigo desenfadadamente á mi novia, y se la llevaba por sitios apartados con la mayor sencillez del mundo. ¡Qué había de ser de mí ante la fuerza avasalladora de la realidad! Abrumado por los hechos, incliné la cabeza y me sentí de antemano molido y roto.

¡Cuántas veces me he acordado de aquellos momentos crueles, cuando he tenido la oportunidad de representar, andando el tiempo, el papel de verdugo! Mis antiguos agravios hanme hecho acaso cebarme en víctimas inocentes, en quienes he venido á vengar las ofensas de D. Tomás. Así es el mundo: las víctimas de hoy son las fieras de mañana, y los justos pagan eternamente las culpas de los pecadores.

Llegó, pues, la pareja hasta mi escondite.

--Espérame un momento, Lola--dijo el primo separándose de mi novia, --vuelvo luego.

Hizo ella ademán de seguirle, pero él insistió:

--No, espérame, ya vuelvo. Y se marchó

á confundirse con los grupos de fumadores, á poca distancia.

Hubo un momento de silencio embarazoso. Repicaba mi corazón como sonora campana, faltábame el aliento, y no acertaba con la frase. Por fin, con torpeza que reconozco hoy tan claramente como entonces, díjela:

—¡Lola!

No contestó.

—¿Por qué no respondes?

El mismo silencio.

—¿Estás irritada?

Hizo con los hombros un ligero movimiento, y se volvió casi de espaldas.

—No seas mala—proseguí sollozando,—bien sabes que eres la principal culpable.

—¡Yo!—articuló severamente—¿por qué?

—Pregúntalo á tu corazón.

—No he hecho nada malo.

—¿Has sido fiel á mi cariño? Respóndeme en conciencia.

—¿Qué dice vd?—preguntó fingiendo distracción.

—Que si has sido fiel á mi cariño. ¿Por qué me hablas como á un extraño?

—No tengo que dar á vd. explicaciones.

El diálogo me enardeció, y perdí gradualmente el encogimiento.

—¡Cómo!--repliqué--¿no tienes que darme explicaciones? ¿Y por qué no? ¿No me has dicho que me quieres? ¿No me has hecho juramentos que te ligan á mí? Tengo el derecho de pedirte acerca de tu conducta, porque mientras no rompas abiertamente tus compromisos, estoy en posesión de tus promesas.

Observé que mi tono ejercería en ella algún influjo, y proseguí con la misma exaltación.

—No me respondes porque te reconoces culpable. Sientes remordimientos que te cortan la palabra, y no te atreves á decirme la verdad; pero todo lo sé, porque me lo han dicho, porque lo adivino y lo presiento por la congoja que me martiriza. ¡Si vieras qué días he pasado! He sufrido mucho; me parecía imposible que fueras capaz de conducirte con tanta ingratitud; nunca te hubiera creído mala, ni, sobre todo, conmigo, que sabes cuánto te quiero.

—No es verdad—repuso fríamente;—vd. es quien tiene la culpa de todo.

—¿Por qué, Lola?

—¡Qué tenga vd. valor de preguntarlo!

—¿Lo dices por Pepa?

—Ud. sabrá por quién.

—Perdóname —la dije tratando de cogerle la diestra, que retiró con viveza —hasta en mis errores debes ver lo mucho que te quiero. Cuando te ví en el jardín con tu primo, á pesar de lo que habíamos convenido, á pesar de que sabías cuánto me dolería que lo hicieras, me dejé dominar por el despecho, y quise tomar algún desquite; pero sé generosa, perdóname; te prometo no volver nunca á ver, ni á hablar, ni aun á dar los buenos días á esa señorita.

—Háble vd. cuanto guste; nada me interesa que lo haga ó que no lo haga.

—No sea vd. mala, Lola; dígame alguna palabra de consuelo.

—Vaya vd. con Pepa á que le consuele.

—¿No ve vd. que le estoy pidiendo perdón?

No respondió. Sentí que los sollozos se me anudaban en la garganta; esperé un poco para reponerme, y luego, haciendo un grande esfuerzo, proseguí con voz grave:

—Veo claramente que vd. no me quiere ya. ¿Por qué no me lo dice? Acabe vd. su obra.

Tuvo al menos la piedad de guardar silencio.

—Está bien —la dije; —me doy por entendido; no es necesario que Ud. me lo diga.

Y sin articular una palabra más, me alejé de aquel sitio. No me aproximé á D. Tomás; no quise darle el placer de confesarle mi derrota; me fuí como escapado. Era que sentía que las lágrimas me saltaban de los ojos, y necesitaba desahogarme.

Entré en mi cuarto, cerré la puerta con llave, maté la luz, y me eebé vestido sobre la cama. Entonces les dí rienda suelta á mis gemidos; empapé en llanto la almohada, y me revolví en el lecho como un mártir en el potro de sus tormentos. No había orfandad, desamparo ni desdicha que me parecieran grandes junto á mis penas. ¡Cuán solo y triste me sentí aquella noche horrible! ¡Quedarme sin Lola, cuando la miré tanto tiempo, no digo como mía, sino como parte de mí mismo; verme abandonado por ella, á quien tuve una fé ciega; convencerme de su falsía, cuando la adoré como á un ángel! Dolor, asombro, desaliento, todo lo sentía mezclado y confundido en caos angustioso, agitándose en mi corazón como en

negra y pavorosa mazmorra. Pesáronme los años que había vivido, miré la existencia como carga abrumadora y no tuve más idea halagüeña durante mi cruel insomnio, que la de la muerte. Todas mis reflexiones, reproches y quejas, terminaban mentalmente con este estribillo: *Señor, ten piedad de mí, y córtame la vida.*

X.

CALABAZAS.

Levantéme con el alba al siguiente día, enfermo así del espíritu como del cuerpo. Respiraba con angustia, pesábame la cabeza como si fuese de plomo, y me dolía el corazón como si llevase clavada en él aguda saeta.

El aire fresco de la mañana me hizo algún bien, con todo, y me sentí con fuerzas para dar un paseo por la huerta. Atravesé el corredor del baile, hacía poco tan ruidoso, ahora sumido en el silencio, y me parecía ver en sus flores marchitas, en su soledad y en su tristeza, como una imagen de mi vida ha poco tan dichosa, ahora tan desven-

turada. Ya en la huerta recibíéronme los pájaros con alegre salva, y las flores con oleadas de perfumes. Mostrábase el cielo diáfano y azul como un zafiro oriental; algunas nubecillas volaban rápidamente por su inmensidad, como blancos cisnes en lago transparente. ¡Qué mañana tan bella! ¡Parecía una de aquellas que vieron mi dicha, y mis coloquios con Lola!

Sentéme en un banco de piedra, frente al muro por donde trepaba para hablar con ella, y dejando caer la cabeza entre las manos, rompí de nuevo á llorar, como un huérfano, como un náufrago, como un niño extraviado en las tinieblas. ¡Cuán impía, cuán indiferente, cuán despiadada es la belleza! Lola hería de muerte mi corazón, y no se dolía de mi martirio; y la espléndida naturaleza desplegaba sus encantos con mayor pompa, cuando mi alma agonizaba en la desesperación.

En esto, surgió en mi mente un pensamiento insensato. No estaba todo perdido, aún podía luchar. Lola no me había dicho que no me quisiera. ¿Por qué no hacer el último esfuerzo? ¿Por qué no tentar el postrer recurso? Era fuerza escribirla para